

La ermita de San Antón

Quiero comenzar esta carta felicitando a la OMIC por la edición del calendario de 2010. Como siempre nos ilustra los meses del año con sus bellas fotografías. La verdad es que todas tienen su encanto, recogiendo lugares bastante identificativos de nuestro pueblo. A mí personalmente me llama la atención una de ellas, que desde mi juicio es la más lograda, y no es otra que la que ilustra el mes de junio. Al observar esta fotografía no puedo dejar de hacerme esta pregunta: ¿Una ermita popular del siglo XVI, de un pueblo manchego, como es La Solana, o un templo egipcio? Observen detenidamente la fotografía porque merece la pena.

Al hacer esta observación, recuerdo una entrevista realizada a algún miembro de la cofradía de San Antón, en la que la citada persona decía más o menos que si con la ermita de San Antón se pudiera hacer algo así... Por favor, valoren su ermita como lo que es, un edificio religioso popular, y que afortunadamente ha llegado a nuestros días como se concibió va a hacer, ahora, la friolera de 500 años. Éste es ya el único edificio

de estas características que nos queda en el pueblo, quizás por encontrarse fuera de la población.

Reparen sus tejados, realicen un mantenimiento continuo para que no se deteriore, pintándolo y actuando en él cuando lo precise, cuidenlo con mucho cariño, lo auténtico no necesita de obras faraónicas. Bastante Patrimonio se ha destruido ya en nuestro pueblo, pues los últimos 20 años han sido especialmente sangrantes en este aspecto, ya que si no tiramos los edificios, tenemos la mala suerte de que se nos caen.

Y aún seguimos sin valorar lo poco que nos queda, por eso seguimos empeñados en realizar obras que lo único que hacen es desvirtuar la identidad de nuestro pueblo.

Concepción Moya García

Nota de la Dirección

Las cartas enviadas a GACETA no podrán exceder de un folio mecanografiado a doble espacio. Deben venir acompañadas de la firma y fotocopia del DNI del autor, o persona que se responsabilice de su contenido. La Dirección se reserva el derecho a no publicarlas, extractarlas o resumirlas.

COLABORACIÓN

Generosidad y compromiso

Tomás García de Dionisio Padilla

Abraham Lincoln dijo que los seres humanos somos iguales hasta el momento justo en que nacemos; desde ese instante dejamos de serlo para el resto de nuestra vida.

Desde hace ya unos años, mis suegros pasan su vida en el Centro Geriátrico de La Solana, al que recientemente, y durante lo que llaman Centro de Día, se incorporó también mi madre. Cuando nos acercamos al pueblo, como no podía ser de otra manera, mi esposa y yo pasamos algunas horas en el citado Centro haciendo algo de compañía a sus padres, lo que ellos agradecen con una sonrisa –también con alguna lágrima– de esas que delatan sus ganas de vernos aunque sea muy de vez en cuando.

Es estando allí, cuando nos damos verdadera cuenta de que ni todos somos iguales, ni todos sabemos, ni todos somos capaces de entregar lo que los demás necesitan; basta mirar a los ojos de las personas que dedican buena parte de su vida a nuestros mayores para asegurarse de ello, para saber que lo que transmiten es sencillamente extraordinario y para confirmar que la similitud entre los seres humanos es sola y únicamente en apariencia.

Ya sé que habrá quien me rebata lo que digo, y hasta quien diga que detrás de un sueldo más o menos digno todos podemos hacer lo que se nos proponga; pero deberíamos reconocer que no es cierto, que no todos estamos dispuestos a hacer determinadas tareas aun cobrando por ellas; no nos cuesta nada admitir que para hacer lo que estas personas hacen, se necesitan condiciones que muchos de nosotros ni siquiera conocemos.

Hablo de aquello que veo en las pocas horas que paso allí y que logra la mayoría de las veces conmoverme; hablo de mimos, de ternura, de caricias capaces de apaciguar hasta el dolor –éste no tiene por qué ser siempre físico–, de sonrisas cómplices en el momento justo; hablo de manos cálidas a las que agarrarse y caminar, de todo lo que sin duda podemos dar

pero que tal vez no sepamos. Hablo de paciencia, de comprensión, de generosidad y compromiso para seguir sonriendo cuando todo lo que ofreces no es seguramente correspondido como sería justo.

Y hablo de personas que saben crear, y sostener, lazos más fuertes incluso que los que nos unen a quienes nos son propios, regalando parte de sí mismos a los que saben débiles, vulnerables, a quienes los necesitan más que el mismísimo aire que respiran.

Y no estoy diciendo que esas personas merezcan más o menos que los que nos dedicamos a otras cosas, doy por hecho que cada uno hayamos logrado lo que tenemos con el esfuerzo necesario para ganarlo; estoy solamente agradeciendo la labor de quienes ese mismo esfuerzo lo dedican a hacerles la vida más fácil a nuestros mayores, de quienes –a veces dejando en casa problemas que saben hacer sólo suyos– cada día acuden a realizar su tarea con una sonrisa, sabedores de que esa, y no otra, es su mejor herramienta de trabajo; no tengo ni la menor duda de que su mejor recompensa, su verdadera y más grata compensación, es volver a recibirla de aquellos a quienes se la regalan.

Y sí, a pesar de aquellos que siguen pensando que su tarea es como cualquier otra y por la que al final de cada mes cobrarán la cantidad que les corresponda, seguiré absolutamente convencido de que nunca será la que merecen, pues lo que ofrecen a cambio es para muchos, entre los que me cuento, absolutamente impagable.

Gracias de verdad a todos, y a todas, gracias de todo corazón a los que lucháis para demostrar a tanta gente que la vida no acaba cuando se alcanza determinada edad, a los que sabéis hacernos ver a los demás que la dignidad de nuestros abuelos está por encima de todo; ni que decir tiene, y por supuesto, también de la cantidad de dinero que figure en nuestra nómina por muy alta que esta sea, o creamos que sea.